

B1C02 – El Veredicto de la Luz

El Templo de la Luz Quebrada era un testimonio de resistencia. Su gran bóveda, antaño una cúpula de alabastro sin fisuras, estaba ahora telarañada de grietas que brillaban con el recuerdo del fuego celestial. En las terrazas de abajo, comandantes y capitanes se movían como fantasmas inquietos, sus argumentos resonando en el tenso silencio entre batallas. El aire mismo era tenue, cansado de soportar el peso de una guerra perdida.

—¡No podemos esperar, Gabriel! —La voz de Uriel era un chasquido agudo de ozono. Paseaba ante el estrado central, su propia armadura incandescente proyectando sombras parpadeantes que hacían retorcerse las grietas del templo —. Mis legiones están siendo desangradas en Zaphor’el. Mantienen la línea contra incursiones temporales que se derramarían sobre la Tierra, ¿y me pides que contenga mi fuego?

Gabriel permanecía inmóvil, un estudio de agotamiento. Sus túnicas estaban deshilachadas, sus alas no eran prístinas sino que llevaban el hollín de una docena de frentes. —Y yo te digo, Uriel, que un asalto a gran escala sin un punto de apoyo es un suicidio. Estamos resistiendo. Eso es lo que importa.

—¡Resistir es una muerte lenta! —interpuso Camael, su voz un grave murmullo. Estaba sentado en un plinto roto, puliendo su hoja cinética, *Ramiel*, con un paño que parecía demasiado delicado para sus manos masivas—. Necesitamos un avance. Una señal.

Como si fuera una respuesta, las grandes puertas de bronce del templo se abrieron con un gemido. Una luz se derramó en la sala, tan pura y potente que silenció su debate. No era el resplandor familiar de la esencia angélica, ni el fuego áspero de la ira de Uriel. Esto era otra cosa. Era antiguo, vivo, y cantaba una nota de propósito absoluto que resonaba en el mismísimo mármol del suelo.

Michael cruzó el umbral.

Había cambiado. El vacío que había atormentado sus ojos durante siglos había desaparecido, reemplazado por una certeza ardiente. No caminaba con el paso pesado de un comandante agobiado, sino con el andar sereno y deslizante de una fuerza de la naturaleza. En su mano derecha, sostenía la fuente de la luz: *Solmire*. La espada era una astilla de amanecer capturado, sus bordes zumbando con un poder que hacía temblar el aire. Donde su luz tocaba las fisuras en las paredes, las heridas luminosas del templo parecían calmarse, su luctuosa luminiscencia palideciendo ante esta nueva autoridad.

No habló. No lo necesitaba. Caminó hasta el centro de la sala y clavó la punta de la espada en el estrado. Un anillo de luz blanca se expandió desde el impacto, bañando a cada ángel presente. No era una fuerza violenta, sino una declaración profunda. Barrió la desesperación ambiental, reemplazándola con un enfoque limpio y nítido.

A Gabriel se le cortó la respiración. No solo vio a su hermano regresar, sino un juicio manifestado. Uriel miró fijamente, sus propias llamas pareciendo tenues y beligerantes en comparación. Incluso Camael detuvo su pulido, su mirada fija en la hoja imposible.

Antes de que alguien pudiera expresar la pregunta que ardía en sus mentes, una ondulación de espacio distorsionado brilló cerca del estrado. Un explorador celestial, su forma parpadeando como una vela moribunda, se desplomó en el suelo. Su armadura estaba destrozada, no por golpes físicos, sino por decadencia temporal.

—Zaphor’el... —jadeó el explorador, su voz un coro de ecos superpuestos—. Comandante... Uriel... los espejos... los están rompiendo...

Señaló con un dedo tembloroso al arcángel de fuego. —Aamon... sus legiones... no se cansan. Usan los reflejos contra nosotros. Nuestras derrotas pasadas, nuestras muertes futuras... las hacen reales. Estamos luchando contra nuestros propios fantasmas. —La forma del explorador se disolvió en un último destello de estática, su advertencia flotando en el aire.

El rostro de Uriel era sombrío. —¡Lo ves, Gabriel? Mientras debatimos, el Infierno actúa.

Michael sacó *Solmire* de la piedra sin decir palabra. La hoja no dejó marca. Miró a Uriel, y por primera vez, su voz cortó la sala, imbuida de la resonancia de la espada. —Tu legión no caerá hoy. Reúne a tus capitanes. Vamos ahora.

No había lugar para la discusión. No era una orden. Era un veredicto.

El plano de Zaphor’el era un maelstrom de realidades destrozadas. Grandes fragmentos cristalinos de tiempo flotaban como icebergs en un mar agitado de niebla violeta. Cada faceta era un espejo, pero no reflejaban el presente. Uno mostraba un atisbo de una batalla olvidada de la Primera Separación; otro, el aliento moribundo de un ángel que aún no había caído. Luchar aquí era combatir en un cementerio de lo que fue, lo que es y lo que podría ser.

El fuego de Uriel era la única constante. Su alabarda, *Ignis Lux*, barría en arcos de llama purificadora, incinerando a los escaramuzadores demoníacos que usaban los reflejos para emboscar a sus tropas. Pero su poder, destinado a la purificación, estaba siendo usado en su contra. Los reflejos capturaban su fuego y lo devolvían,

retorcido en una llama infernal de un verde enfermizo que consumía la esencia angélica.

—¡Mantened el perímetro! —rugió Uriel, golpeando su alabarda contra el suelo para crear un muro de fuego—. ¡No miréis los espejos! ¡Luchad contra lo que tenéis delante!

Pero su enemigo era un maestro de este terreno caótico. Aamon, Mariscal de las Legiones Infernales, se erguía sobre un fragmento flotante de obsidiana, dirigiendo sus fuerzas con fría y brutal precisión. Su propia forma era un monumento de ira disciplinada: piel de obsidiana veteada de carmesí, armadura de hueso grabada con runas tácticas. No era una criatura de impulso puro; era un señor de la guerra.

—Contened su fuego —ordenó Aamon, su voz desprovista de chillidos infernales, reemplazada por la escalofriante calma de un general veterano—. Usad los ecos temporales. Mostradles su desesperación. Romped su moral antes de romper sus cuerpos.

Un escuadrón de ángeles, liderado por el capitán Kemuel, cargó. Pero mientras corrían, los espejos a su lado cambiaron. Se vieron a sí mismos momentos después, empalados en lanzas demoníacas, su luz extinguida. La visión era tan vívida, tan real, que vacilaron. En ese momento de vacilación, las tropas de choque de Aamon atacaron, y la visión se hizo realidad.

Uriel observaba, su corazón un nudo de furia e impotencia. Era un arcángel, un pilar del poder del Cielo, y estaba siendo desmantelado pieza por pieza. La estrategia de Aamon era impecable. No solo estaba luchando contra la legión de Uriel; la estaba diseccionando.

—Has luchado valientemente, Arcángel —la voz de Aamon resonó por todo el plano, llevada por los vientos temporales—. Pero tu fuego es algo sin arte. Quema sin pensar. Yo, sin embargo, he estudiado el arte de romper cosas.

Levantó su espada dentada, *Skarth*, señalando el avance final. Las legiones demoníacas avanzaron, una marea de hierro negro y hueso dentado, su victoria asegurada. Uriel se preparó, dispuesto a desatar una nova final y suicida que se llevaría a Aamon y a su mando con él.

Y entonces, una nueva luz perforó la penumbra violeta.

Era una única y limpia línea de blanco que cortó el caos, silenciando las distorsiones temporales. Los espejos rotos dejaron de mostrar visiones de muerte y en su lugar reflejaron un cielo plácido y plateado. La llama infernal parpadeó y se extinguió. La carga demoníaca se ralentizó, no por una orden, sino por un pavor repentino e instintivo.

Michael descendió. Se movía por el plano caótico como si fuera un jardín tranquilo. *Solmire* era un zumbido silencioso en su mano, su luz empujando hacia atrás la atmósfera opresiva de Zaphor'el, creando un círculo de serena realidad a su alrededor.

Los ojos de Aamon se entrecerraron. Lo sintió al instante. Esto no era meramente otro arcángel. Esto era un poder fundamental, algo fuera del cálculo conocido de la guerra.

—Así que —dijo Aamon, un destello de curiosidad profesional en su tono—. El Comandante finalmente entra en el campo.

Michael no respondió. Levantó la espada. No cargó. Simplemente bajó la hoja en un único y fluido arco.

No fue un golpe. Fue un juicio.

Una ola de luz pura y blanca pulsó desde la espada. Viajó no como una fuerza física, sino como un concepto, una verdad que se pronunciaba a la existencia. Bañó la primera fila de demonios. No gritaron. No ardieron ni sangraron. Simplemente... cesaron. Sus formas se disolvieron en polvo fino y limpio, su esencia infernal deshecha, su propia historia borrada del tapiz del ser. El suelo donde habían estado quedó purificado, el cristal corrompido reluciendo.

El ejército demoníaco se congeló. Esto no era la muerte. La muerte era una cantidad conocida, una transacción. Esto era aniquilación. Esto era un veredicto de una corte que no sabían que existía.

Uriel miró fijamente, con la mandíbula floja. El poder era absoluto, sin embargo, no era iracundo. Era tan impersonal y final como una estrella que se apaga.

La compostura de Aamon finalmente se rompió. Un gruñido le torció las facciones. Esta era una variable inaceptable. —¡Todas las fuerzas, sobre él! ¡Abrumadle!

Las legiones obedecieron, pero su carga ahora nacía del terror, no de la disciplina. Michael los enfrentó. Se movía con una economía de movimiento que era aterradora de contemplar. Cada golpe de *Solmire* no apuntaba a un cuerpo, sino al pecado interior. La espada no cortaba carne; seccionaba los hilos de malicia, orgullo y odio que mantenían unidos a estos seres. Un capitán del Infierno, un bruto corpulento llamado Graal, blandió un mazo masivo, solo para que *Solmire* lo encontrara. La luz de la espada viajó por el mazo, por el brazo de Graal, y el demonio observó con horror cómo su propia rabia se volvía contra él, destrozando su forma de adentro hacia afuera.

Finalmente, solo Aamon permaneció. Se paró ante Michael, su mente táctica acelerada, tratando de encontrar una falla, una debilidad, un patrón. No encontró ninguna.

—¿Qué es esa arma? —demandó Aamon, su voz tensa.

—La respuesta —replicó Michael, sus ojos brillando con la luz de la espada.

Avanzó. Aamon lo enfrentó con una ráfaga de golpes, obra de un maestro duelista. *Skarth* mordía y desgarraba el aire, cada movimiento un cálculo perfecto y letal. Pero *Solmire* no era una espada para ser parada. Era una verdad que no podía ser negada. Encontró cada golpe, y con cada contacto, pareció susurrar un juicio en el alma de Aamon, exponiendo el fundamento de su ser: un miedo arraigado a ser eclipsado por el caos primordial de Leviathan, un orgullo que impulsaba cada una de sus acciones.

El conocimiento lo debilitó. Sus golpes se hicieron más lentos, su forma perfecta vacilando. Estaba siendo juzgado, y se le encontraba faltar.

Con un movimiento final y grácil, Michael esquivó la desesperada embestida de Aamon y apoyó el plano de *Solmire* contra el pecho del demonio. La luz brilló, envolviendo al Mariscal del Infierno. Aamon no gritó. Simplemente miró la hoja, un destello de comprensión —y terror absoluto— en sus ojos. Entonces, su forma colapsó, no en polvo, sino en una estatua de obsidiana destrozada e inerte, su esencia antaño ardiente reducida a una fría y petrificada cáscara.

El silencio descendió sobre Zaphor'el. Los demonios restantes, sin líder y enfrentándose a un poder que desafiaba su comprensión de la realidad, se dispersaron y huyeron, abriendo portales irregulares de regreso al Abismo.

Las fuerzas celestiales observaron con asombro aturdido. Uriel cayó sobre una rodilla, no en derrota, sino en lealtad. Miró a Michael, al poder sereno que empuñaba, y comprendió. Este era el avance que había exigido. Esta era la señal.

—Mi señor Michael —dijo Uriel, su voz despojada de su arrogancia anterior—. Mi fuego es tuyo para mandar.

La victoria envió una onda de choque de esperanza renovada a través de los cielos. Pero en las profundidades del Infierno, se sintió como algo completamente diferente. En su ciudadela vertical dentro del Abismo de Varkhannar, Belial sintió el momento preciso de la desintegración de Aamon. No fue el simple desvanecimiento de una fuerza vital; fue el sonido de una cerradura girando, de una ley siendo reescrita. Lucifer podría encontrar este nuevo desarrollo intrigante, un giro fascinante en el gran juego. Pero para Belial, fue una afrenta personal. Su orgullo, el núcleo mismo de su ser, era una herida cruda y gritante.

Había sentido ese poder antes, en una forma diferente, de un arma diferente. No era divino. No era infernal. Era *primordial*.

—Así que —susurró Belial al abismo que gritaba a su alrededor, sus ojos dorados ardiendo con un fuego nuevo y frío—. Una mano antigua muestra sus cartas. —No sería superado. No sería dejado obsoleto. Si Michael había desenterrado un poder de antes del Juicio, entonces él haría lo mismo.

Se giró y se dirigió hacia los santuarios más profundos de su fortaleza, hacia los archivos que guardaban las historias censuradas, las leyendas de las proto-entidades encerradas en la Torre de los Eternos. Encontraría un arma de esa misma, antigua cosecha. Encontraría un poder para igualarlo, para dominarlo y para volverlo contra los cielos.

De vuelta en el ahora silencioso plano de Zaphor'el, mientras sus legiones se reagrupaban, Michael permaneció solo por un momento. Miró hacia *Solmire*. La espada pulsaba con una luz suave y satisfecha, su propósito cumplido. La victoria era absoluta, el juicio limpio.

Sin embargo, bajo el zumbido del poder justo, lo sintió de nuevo. Un eco débil y distante, como un recuerdo que no era suyo. Era el sonido de una risa irreverente y caótica. Y en su pecho, la pequeña lágrima cristalizada que había tomado del árbol en Serephis pulsaba con una suave calidez, susurrando nombres que aún no reconocía, nombres que se sentían más antiguos que el propio Cielo. La espada le había dado un propósito, pero su origen seguía siendo un misterio profundo e inquietante.